

de oro,
 despiértanse inquietos, buscando impacientes su nue-
 ¡Oh, cuánta alegría! [vo tesoro.
 ¡Oh, qué algarabía!
 Qué de risas levántanse a coro
 a cada «chimito»,
 cada paquetito,
 cada chuchería.

Y los padres... ¡Oh, los padres! Qué gozo
 con tanto alborozo.

También para ellos llegaron los Magos.

La noche pasáronla inquietos por temores vagos,
 temiendo no fueran bastantes sus muchos desvelos
 para que sus hijos vivieran su día con risas y cantos,
 entonando preces a los Reyes Santos.

Y entonces se piensa en los tiempos que fueron.

Lo que yo he temido mis padres temieron.

Lo que yo he gozado, mis padres gozaron.

Cuando yo era niño... ¡Cuánto me quisieron!...

Lo que me mimaron...

Mis padres queridos: Si me viéais ahora,
 marchitos los labios, surcada
 la frente...

¿No queda, Dios mío, no queda en mí nada
 de mi infancia clara, sana, reidora?...

Queda la Ilusión
 de que hasta mí lleguen los Magos de Oriente,
 trayendo del Cielo, cual santo presente,
 vuestra bendición.

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

HAY situaciones en el curso de nuestra vida que contribuyen muy directamente a rectificaciones de juicios y hasta de afectos. Esto, que debiera ser y lo es, desde luego, en gran parte, el resultado de un análisis deductivo de nuestro carácter y moralidad, depende también de esa primera impresión que dejamos en el ánimo ajeno. Tal entrada en escena, como califican este hecho los frívolos y los elegantes, suele ser, si sabemos utilizar toda nuestra discreción, la gran panacea para nuestra futura vida social. Quien posea su secreto, esa admirable intuición para privarse a tiempo de cualquier placer para no caer en ninguna posición ridícula, bien podríamos calificarla como la criatura más formidable del siglo. Un gesto hecho a tiempo y con distinción nos gana la voluntad ajena, por rebelde que nos sea; una actitud enérgica, sostenida sin pedantería, nos abre con frecuencia las puertas del aprecio, pero una posición de brabuconería en un mísero, una resolución desproporcionada con nosotros, nos hundirá en el más risible de los menosprecios.

¿Quién no rechaza, por ejemplo, la visión de su amada—¡y tanto!—machacando ajos en un almirez? Convidad conmigo en que, por muy mujer de su casa que esto la revele y la haga acreedora a todos nuestros respetos, es espantoso.

¿Cómo diablos ha de tener los brazos «alabastrinos y gordezuelos» si las mejores horas del día se las pasa machacando ajos? ¡Imposible, señores!

¿Pues qué de una beldad soplando un cornetín, a pesar de que esto la haga una estupenda artista? Un tacón de menos en el atuendo de una señorita os parecerá una cosa monstruosa y, por fin, suponed a la belleza de vuestras ilusiones dando volteretas como un gato en las intimidades de su hogar y os sentiréis abochornado.

Allá en nuestra juventud—¡qué pronto se nos escapó de las manos!—, dimos con nuestros huesos en un pueblo olvidado, de la serranía andaluza. En seguida, nos cautivaron la alegría de sus decires, la graciosa expresión de sus gestos y su prodigiosa fantasía imaginativa. Como es natural, una de aquellas señoritas comenzó a sorberme los sesos. Estaba ya a punto de caramelo, cuando se le ocurrió la mala idea de celebrar una manifestación. ¡Oh, aciaga tentación suya! No queráis saber el tremendo ridículo que me hizo pasar cuando la ví llevando nada menos que entre sus brazos una enorme bandera. ¿Cómo era posible que, desde este momento, pudiera yo consagrar toda mi musa en loor de su belleza, si a impulsos del viento que hinchaba la tela, como a una carabela, la había visto doblarse igual que una lámina de aluminio? ¿Con qué convicción le podía ya decir aquello de linda como el plenilunio que nos sorprende extasiado a la espera de las liebres o belleza existencialista, que entonces

hubiera sido un éxito, o, por variar algo, cintura palmípeda, con todo de ser esto último principalmente una verdad rotunda? ¡Y pensar que, como la Cleo desvió—creo que con sus narices—el curso de la historia, aquella procesión cívica había desviado todos mis propósitos amorios!

Pero, ¿qué concepto os merecería, aparte de la piedad, una respetable dama a quien viérais con el sombrero torcido lamentablemente y casi caída de bruces sobre un recipiente, aunque fuera el motivo una repentina indisposición?

Figuraos a una elegante viéndola bailar. Su agilidad, sus mimos, sus contorsiones y, sobre todo, la impecable rigidez de las líneas, aún en los pasos más difíciles, os seducirán. Ya os creéis un nuevo Don Hilarión olvidado; por las miradas que ella os dirige, Don Juan redivivo; Otelo, cuando observáis que los monóculos de los viejos verdes caen sobre ella. De pronto, quiere el Destino haceros una jugareta, porque creo distinguir que esa larga falda que ahora se lleva va venciéndose hacia delante; cada vez que ejecuta un paso ligero, se vence más; no se fija. Y he aquí ya que, como a una triste fregona, le cae a la manera de un enorme mandil. ¿No véis que oscila? Creo que va a caer. ¡Ay! En mala hora ha ido a quedarse tendida como una rana.

Claro es que esto son cosas que a nadie le es dado evitar. Yo mismo estoy expuesto, pongo por caso, a que por un designio del azar, en una mala noche, en la que haya perdido uno de mis gemelos, me veáis recorriendo el pasillo del hotel en pijama, de noche, con media dentadura puesta y mis tres pelos desordenados. Todo perdido; por algo se dice que no hay hombres grandes para los ayudas de cámara y es porque nuestras horas íntimas están llenas de estúpidas vulgaridades.

Por esto, procurad, preciosas criaturas, no exhibiros machacando ajos y menos tocando el cornetín. Por mi parte, prometo poner todos los medios a mi alcance para que no me veáis en pijama y con mis tres pelos revueltos.

Sí; apagaré la luz...

MARIANO E. CARDENAL.

Lea Ud.

"ALCÁNTARA"

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.

Galán de nubes y estrellas

Si buscas la madrugada,
galán de nube y de estrella.
¿por qué a tristitas la mirada
cuando te despides de ella?

Para soñar con favores
del amor y la fortuna
¡buenos son los resplandores
románticos de la luna!

Que si la alborada llega
con su collar de rocío,
la noche su embrujo ciega
sobre el remanso del río.

Y no caben en la fronda,
puestas las dos a alumbrar,
la luz que viene de ronda
y la que se va a rondar.

Si buscas la madrugada,
galán de estrellas y flores,
tén despierta la mirada
para la miel destilada
de sus tibios resplandores...
Cae la noche, desmayada,
¡y ya tiene la enramada,
como buena enamorada,
para tu vida cansada
coloquios de ruiseñores!

MANUEL GONZALEZ HOYOS